

Dossier
Filosofía Hermenéutica

La hermenéutica y su camino histórico hacia una hermenéutica analógica

Resumen: El autor intenta presentar la relación que puede darse entre una hermenéutica analógica y la hermenéutica ontológica de H.-G. Gadamer. Una hermenéutica analógica desea evitar tanto el univocismo de algunas teorías interpretativas científicas como, sobre todo, el equivocismo de muchas hermenéuticas de la posmodernidad. Para conectar esto con Gadamer, se apela a la noción de *phrónesis* aristotélica, tan cara a este pensador –al punto de considerarla como el esquema de la interpretación y, por lo mismo, de la hermenéutica-. La *phrónesis*, para Aristóteles, no es otra cosa sino sentido de la proporción, la cual se dice analogía en griego. Ya que la *phrónesis* es la estructura de la hermenéutica, y dado que la *phrónesis* es analógica, esto es, analogía puesta en práctica o hecha vida, una hermenéutica analógica es perfectamente válida en la línea de Aristóteles y de Gadamer.

Palabras clave: Hermenéutica, posmodernidad, *phrónesis*, analogía, hermenéutica analógica.

Abstract: The author tries to present the potential relationship between Hans-Georg Gadamer's analogic and ontological hermeneutics. Analogic hermeneutics attempts to avoid not only the univocalism of some interpretative theories but also, and above all, the equivocalism of many postmodern hermeneutics. To link this with Gadamer, one must appeal to Aristotle's notion of *phrónesis*. A notion so close to this thinker that it can be considered the schemata of interpretation and thus, of hermeneutics. *Phrónesis*, for Aristotle, is nothing but the sense of proportion – translated into Greek as analogy. Since *phrónesis* is the structure of hermeneutics and since *phrónesis* is analogical, that is, analogy put into practice or live analogy; analogic hermeneutics is deemed perfectly valid in Aristotle's and Gadamer's line.

Keywords: Hermeneutics, postmodernism, *phrónesis*, analogy, analogic hermeneutics.

Introducción

En estas páginas intentaré hacer una breve presentación del camino histórico hacia una hermenéutica analógica. Para ello, comenzaré hablando de la hermenéutica en general, que es el marco o contexto en el que se inscribe la hermenéutica analógica, y mal se comprenderá si no se especifica qué es lo que añade a la hermenéutica como tal. En ese sentido, resultan necesarias algunas nociones principales que se usan en la hermenéutica, sobre todo las de autor, texto, contexto y lector, haciendo ver la pugna que se da entre la inten-

ción del autor y la intención del lector, dentro de la intención del texto; ya ahí aparece lo que sería una hermenéutica unívoca (la que privilegia demasiado al autor), una hermenéutica equívoca (la que privilegia demasiado al lector), y se trata de encontrar una hermenéutica analógica (que haga justicia al autor y al lector, aunque la intención del autor ya esté bastante difuminada y, por ello, la del lector, que es la actual, sea la más importante para ella).

Por otra parte, como la hermenéutica nos ha hecho muy conscientes de nuestra historicidad, ella también tiene que serlo de la suya, de su propia condición histórica; por eso recogeré las líneas principales de la historia de la hermenéutica, sobre todo señalando cómo en ella se ha dado la pugna encarnizada entre la hermenéutica unívoca y la hermenéutica equívoca, y se ha seguido un proceso de búsqueda de una hermenéutica analógica, la cual se ha ido perfilando en varias aproximaciones en las diferentes etapas de esa historia. Luego, después de detallar un poco a los hermeneutas más recientes, pasaré a exponer el planteamiento de una hermenéutica analógica, destacando sus elementos más relevantes.

Principales nociones de la hermenéutica

La hermenéutica fue, en un principio, la técnica o arte de la interpretación¹. Inclusive se hacía al término "hermenéutica" derivar de "Hermes", nombre del dios griego (el romano Mercurio) que fungía como mensajero entre los dioses y los hombres, pues el intérprete siempre es mediador, el que comunica, el que traduce. Lo que la hermenéutica interpreta son textos, es decir, llega a su comprensión, la cual suele ser progresiva; no se da de un solo golpe, sino como un proceso de profundización. Lo que se interpreta son textos, y la noción de texto ha comenzado designando el escrito, que es el tradicional, pero también, con Gadamer, ha pasado a designar el texto hablado, el diálogo o la conversación, y, con Ricoeur, también la acción significativa. (E incluso algunos, como los medievales, veían la realidad como un texto).

Después de Schleiermacher y Dilthey, se ha tomado la hermenéutica no solamente como el arte de interpretar textos, sino como una postura filosófica, como toda una filosofía; y, con Heidegger, pasa a ser vista como algo propio y peculiar del hombre, como un existencial suyo o característica existencial, un modo de ser o existir. Es decir, pasó de ser algo metodológico a ser algo

¹ Cf. J. GRONDIN, *Introducción a la hermenéutica filosófica*, Barcelona, Herder, 1999, pp. 19 ss.

ontológico. Propio del hombre es comprender, e interpretar es comprender, y la hermenéutica es la que guía la interpretación; luego, la hermenéutica es un modo de ser constitutivo del hombre. Desde entonces nos hemos acostumbrado, en filosofía, a ver la hermenéutica como una propiedad ontológica del ser humano, a veces hasta independiente de la metodología, de su aspecto técnico, y más como una virtud que se cultiva.

En el acontecimiento hermenéutico, tenemos un texto, que supone y exige un autor, y postula o pide un lector. Pues si es un texto es porque alguien lo produjo, y sabemos que es texto porque lo leemos. Hay, además, un código o lenguaje. Y también hay interferencias, intereses, etc.; pero podemos centrarnos en esos cuatro elementos principales: texto, código, autor y lector. Y hemos de añadir un quinto elemento muy relevante: el contexto, pues, en definitiva, interpretar es poner un texto en su contexto. El contexto es como el quinto elemento de los antiguos y de los alquimistas, la piedra de toque, para calibrar la buena interpretación. Cuando se ve un texto fuera de contexto, suele malentenderse. En buena medida la hermenéutica nos enseña a buscarle a un texto su contexto, para que en él adquiera su significado, se ilumine.

Hay dos intencionalidades básicas, que están en juego en el acto hermenéutico: la del autor y la del lector, y a veces pelean a muerte en la arena del texto, tratan de destruirse; pues la intencionalidad del autor lucha por ser respetada (el autor quiere que su texto se entienda como él lo dijo), y la del lector lucha por inscribir su creatividad (el lector no siempre entiende el texto según lo que pretendió su autor). Como diría Hegel, autor y lector luchan por su *reconocimiento*, es una dialéctica entre uno y otro.

En efecto, en la interpretación, el lector o intérprete trata de colocar el texto en su contexto, para encontrar de mejor manera la verdad textual, que es el objetivo de la hermenéutica. Claro que no siempre se puede (según diferentes grados de dificultad) alcanzar esa intencionalidad del autor, que constituye la verdad textual, y las más de las veces hemos de contentarnos con una aproximación aceptable a ella. El contexto del autor ya no es el del texto, y, por más que el lector se esfuerce en colocar el texto a la luz del contexto original, el significado cambia, se desliza, y, sin embargo, el lector tiene la obligación de esforzarse por recuperar el contexto del autor, el que éste quiso para su texto. Mas, a pesar de ese esfuerzo, viene lo que Gadamer llama la aplicación² del texto a nuestro contexto, esto es, la búsqueda de lo que el texto nos dice a nosotros ahora, y eso ya es redimensionar el texto mismo, llevarlo a un contexto di-

² Cf. H.-G. GADAMER, *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1977, pp. 61-66.

ferente. Lucha atroz la de ambas intencionalidades: la del autor y la del lector, en el cuadrilátero del texto. Por eso veo una dialéctica semejante a la que exponía Hegel a propósito del reconocimiento, en la que cada uno lucha por ser reconocido. Así el autor lucha por que se reconozca su intencionalidad en el texto que hizo, y el lector lucha por reconocerse a sí mismo en el texto del otro, sabiendo, más que lo que aquél dijo, qué es lo que el texto le dice ahora a él.

Pues bien, si privilegiamos demasiado al autor, tendremos una hermenéutica objetivista, que pretende recuperar exactamente lo que éste quiso decir en el texto. Si privilegiamos demasiado al lector, tendremos una hermenéutica subjetivista, que pretende dejar que el lector diga algo nuevo tomando como excusa el texto. Texto y pretexto. En otras palabras, la verdad textual se da, no tanto en lo que el texto parece decir (ya que ahí va muy medida la subjetividad del lector), sino en lo que quiso decir el autor. Se trata de buscar lo más posible la intencionalidad del autor (sobre todo la consciente, y a veces hasta la inconsciente, como en el psicoanálisis), que es la que se imprime al texto, pero sin perder la advertencia de que siempre se inmiscuye la del lector. Dado que 1) la exigencia de rigor corresponde a la univocidad, que 2) la renuncia a todo rigor corresponde a la equivocidad, y que 3) la búsqueda de algo intermedio corresponde a la analogicidad, podemos hablar de una hermenéutica univocista, que exagera las pretensiones de objetividad, como en los positivismos; de una hermenéutica equivocista, que renuncia demasiado a la pretensión de objetividad, como en los posmodernismos; y de una hermenéutica analógica, que procura encontrar un punto intermedio y prudencial (de *phrónesis* aristotélica). Esta última es la que me interesa, y trataré de señalar algunas aproximaciones a ella en la historia.

Y es que en la semántica, de Aristóteles a Quine, ha habido tres modos de significación: el unívoco, el equívoco y el análogo o analógico. El modo de significación unívoco es el mismo para todos los significados de un término, como "hombre" se aplica igualmente a todos los seres humanos. El equívoco es totalmente diferente para los significados que abarca, como "gato" significa de manera distinta el animal, la herramienta, el juego o incluso a una persona que es muy servil. En cambio, el significado analógico está en medio de los dos anteriores; no tiene la precisión del unívoco, pero tampoco se hunde en la ambigüedad del equívoco. Aplicado esto a la hermenéutica, una interpretación unívoca pretenderá ser clara y distinta, rigurosa y exacta, siendo que esto no pasa de ser un ideal, las más de las veces inalcanzable. Una interpretación equívoca será oscura y confusa, vaga e imprecisa. En cambio, una interpretación analógica no aspirará a la claridad de la unívoca, pero no por eso se

derrumbará en la equívoca, que sólo propicia el relativismo excesivo y aun el escepticismo.

Historicidad de la hermenéutica

La historia de la hermenéutica es larga³. Además, me parece que es válido describirla como la pugna entre el sentido literal y el alegórico, la lucha enconada entre literalistas y alegoristas (al parecer son dos aspectos o dimensiones que luchan en nuestro interior; dentro de cada uno de nosotros hay un literalista luchando con un alegorista). Por eso, también podemos decir que una hermenéutica univocista exagera el sentido literal, y que una hermenéutica equivocista exagera el sentido alegórico, mientras que una hermenéutica analógica trata de equilibrarlos. La misma historia de la hermenéutica muestra la necesidad que ha habido siempre de una hermenéutica analógica, que sirva de mediación dialéctica a las hermenéuticas unívocas y equívocas. Otra vez nos resuena Hegel, quien veía una dialéctica entre esas dos posibilidades, luchando para hacerse reales. Pero hay que añadir inmediatamente, como Kierkegaard, que toca a nuestra decisión el hacer real una posibilidad conveniente, la cual será mediadora, pero paradójica (en una dialéctica que no reconcilia totalmente los opuestos).

La hermenéutica es muy antigua, pero podemos señalar su origen explícito entre los sofistas. Tenían una *hermenéutica equivocista*, pues ellos buscaban el sentido alegórico, por ejemplo, en los textos homéricos, y en todo desplegaban un relativismo excesivo. Ello respondía a una crisis cultural, a un multiculturalismo incipiente (de modo especial frente a la cultura persa) y a una naciente democracia, en la que tenía un lugar de nota la retórica. Gorgias, Protágoras, Calicles eran, a la vez que grandes retóricos, intérpretes consumados de la literatura helénica.

Platón les opone una *hermenéutica unívoca*, ya que se burla de los poetas e intérpretes que leen a Homero buscando la alegoría. Sin embargo, a pesar de ser univocista, ostenta rasgos analógicos, como el uso del mito; pero prefiere el sentido literal, ideal, esto es, unívoco (que siempre es un ideal, inalcanzable en su perfección), en vista de su teoría de las ideas. Por eso trató con tanta prevención a los poetas en su *República*.

Aristóteles es el primero en presentar una *hermenéutica analógica*, cuyas bases asienta en el *Peri hermeneias* y en la *Retórica*. Además de la analogía

³ Puede verse a M. FERRARIS, *Historia de la hermenéutica*, México, Siglo XXI, 2002, pp. 32 ss.

de proporción (usada por los pitagóricos), introduce la de atribución, que implica jerarquía, esto es, un analogado principal y otros secundarios, según grados. En el libro V de la *Metafísica*, de muchos conceptos filosóficos (el ser, el bien, el uno, la causa, etc.) explica: “Se dice de muchas maneras” (*pollajós légetai*), pero de maneras ordenadas según una jerarquía, de más propia a menos propia (con un analogado principal y otros secundarios).

En el helenismo hay una recaída en la *hermenéutica equívoca*, por ejemplo, en los escépticos; en cambio, los estoicos tienen una *hermenéutica* más *unívoca*, pues eran consumados lógicos, aunque permitían la interpretación alegórica de los mitos griegos. Y es que había, también, una crisis cultural, pues había filósofos que ya no eran griegos, sino romanos, judíos, sirios, egipcios, etc. Y los neoplatónicos pretenden tener una *hermenéutica analógica*, como ya la había iniciado Filón de Alejandría, que ponía en tensión el sentido literal y el sentido alegórico en la Biblia. Reunía a Atenas y a Jerusalén.

En la época patrística⁴, es decir, en el paso de la filosofía antigua a la cristiana, vemos esa pugna entre sentido literal y sentido alegórico. La Escuela de Antioquía, con Luciano, defendía a capa y espada el sentido literal en la Sagrada Escritura, basándose en la gramática; era una *hermenéutica univocista*. La Escuela de Alejandría, con Orígenes, exaltaba el sentido alegórico, siendo una *hermenéutica equivocista*, basada en la retórica. Y san Agustín, usando la gramática, la retórica y, además, la dialéctica, logra una *hermenéutica analógica*, en la que combina y equilibra los dos sentidos, según el contexto, o de manera proporcional al contexto, esto es, proporcionalmente, o sea, analógicamente. En su *De doctrina christiana*, acude a un orador herético, Ticonio, que era donatista, y sabe aprovechar su teoría interpretativa.

En la Edad Media propiamente dicha, hay una hermenéutica que tiende a la *equivocidad*, la del monacato, pues los monjes buscan a toda costa el sentido alegórico de la Escritura, sobre todo del *Cantar de los Cantares*, basados en la retórica, y en esta interpretación alegorista destacaron Joaquín de Fiore y Hugo de San Víctor. Un fuerte acercamiento al *univocismo* tuvo la hermenéutica de los escolásticos, que eran universitarios, y usaban la lógica o dialéctica, como san Anselmo y Abelardo, con extremos en el nominalismo posterior, como en Ockham y Gersón. Pero hubo un hermeneuta *analógico*, que fue santo Tomás de Aquino, el cual usaba equilibradamente el sentido literal y el alegórico (es célebre la parte de la *Summa Theologiae* donde habla del uso de estos sentidos y de la metáfora en teología).

⁴ Cf. M. BEUCHOT, *La hermenéutica en la Edad Media*, México, UNAM, 2002, pp. 9 ss.

En la Edad Moderna, encontramos de nuevo *hermenéutica unívoca* en el humanismo renacentista, que vio con malos ojos el alegorismo y buscaba el sentido literal, sobre todo en la filología, por ejemplo en la clásica, con Erasmo de Rotterdam. Luego viene un brote de *hermenéutica equivocista* en el barroco, que excitó demasiado al alegorismo, al simbolismo, a la metáfora por encima de la metonimia. Pero encontramos *hermeneutas analógicos*, que buscaban el equilibrio, por ejemplo Quevedo y Gracián, entre metáfora y metonimia (o la propia Sor Juana); Pascal, entre el espíritu geométrico y el espíritu de fineza, entre las razones de la razón y las otras razones, las del corazón; y Vico, entre la razón y la imaginación, entre la crítica y la retórica, que él llamaba tópica, ya en plena época ilustrada.

Asimismo, la Ilustración produjo dos movimientos: el romanticismo, por reacción, y el positivismo, por eclosión. Los románticos tenían una *hermenéutica equivocista*, por ejemplo Schleiermacher, que interpretaba con el sentimiento (*Gefüll*), y fue de un relativismo muy intenso.⁵ Los positivistas fueron *hermeneutas unívocos*, como Stuart Mill, el cual fue muy rigorista, al fin excelente lógico. Por ese tiempo se encuentra una mediación y, por lo mismo, una *hermenéutica analógica*, en Nietzsche, quien critica tanto a los románticos como a los positivistas, y cuando dice: “No hay hechos, sólo interpretaciones”, se opone a los positivistas, adoradores de los hechos, pero sin caer en las filas de los románticos, adoradores de la interpretación. Elude el positivismo del sólo hecho o dato y el romanticismo de la sola interpretación, y va a un perspectivismo, que me parece analógico. Para ello utiliza un procedimiento genealógico, y conjunta a Dioniso y a Apolo, como lo plantea ya desde *El origen de la tragedia*, lo cual está en el plano de la analogía (que pugna por armonizar los opuestos).

En el paso a la época contemporánea, encontramos la *hermenéutica equivocista* en Wilhelm Dilthey, quien distingue, como concesión al positivismo, entre ciencias de la naturaleza, que son explicativas, y ciencias del espíritu, que son comprensivas. Estas últimas van al mundo de la vida, y lo conectan con la temporalidad, pero cayendo en un historicismo excesivo, denunciado por Gadamer⁶. Por su parte, la *hermenéutica unívoca* se ve representada por la fenomenología, señaladamente por Husserl, quien veía la filosofía como ciencia estricta, y tuvo un esencialismo cercano al platónico. Un intento de superación y cambio se ve en Heidegger, el cual en *Ser y tiempo*, trata de combinar la fenomenología de su maestro Husserl con el historicismo de su antecesor Dilthey.

⁵ Cf. J. GRONDIN, *Introducción a la hermenéutica filosófica*, pp. 108-120.

⁶ Cf. H.-G. GADAMER, *Verdad y método*, pp. 277-291.

Pero Heidegger no logra la plena analogicidad; en su primera etapa fue muy univocista, incluso influido por Duns Escoto, a quien estudió, y quiso construir una ontología fundamental parecida a la de éste (la *hecceitas* es el *Dasein*); sin embargo, después fue muy equivocista, en su segunda etapa, en la que renuncia a la ontología/metafísica y se va hacia la poesía y la mística. Creo que este intento de analogización, esto es de una *hermenéutica analógica*, se cumple en su discípulo Gadamer, quien centra su hermenéutica en la *phrónesis* (que está muy en la línea de la proporción o analogía), a la cual pone como modelo de la interpretación, por lo que ésta deja de ser monológica y se conecta con el diálogo.

Más recientemente encontramos un intento de *hermenéutica univocista* en Emilio Betti, que, al hacer una teoría de la interpretación jurídica, elabora una hermenéutica general, pero, seguramente por sus preocupaciones como jurista, la acerca mucho al ideal de la exactitud y la objetividad⁷. En cambio, se puede decir que una *hermenéutica equívoca* por este tiempo es la de Rorty. Proveniente de la filosofía analítica, abjura del epistemologismo de ésta y pasa a la pragmática y aun a la hermenéutica; pero su postura es particularista, contingentista y nominalista, es decir, equivocista. Por otra parte, la *hermenéutica analógica* se ve representada por Paul Ricoeur, quien, oscilando entre la ciencia y la literatura, entre la historia y la ficción, acepta el símbolo y la metáfora, y llega a posturas analógicas, como se ve en el mismo título de uno de sus últimos libros: *Sí mismo como otro*. Trataré de verlos más de cerca.

La hermenéutica en la actualidad

Para ejemplificar la hermenéutica actual, usaremos tres paradigmas: Gadamer, Ricoeur y Rorty.

H.-G. Gadamer (1900-2002)⁸ es discípulo de Heidegger, el cual toma la hermenéutica de Dilthey (y éste, a su vez, de Schleiermacher). El historicismo de Dilthey concientiza a Heidegger de la temporalidad del ser, que introduce en la fenomenología de su maestro Husserl. Gadamer toma de Heidegger el carácter ontológico de la hermenéutica (como un existenciario o característica cuasi-esencial del ser humano), y no sólo como arte de interpretar textos. Por eso, todo es objeto de la hermenéutica, la universaliza.

El ser se da en el lenguaje, pero éste se da sobre todo en el arte. También en la conversación. Por eso Gadamer une los dos extremos de la lengua, a

⁷ Cf. H.-G. GADAMER, *Verdad y método*, pp. 396 ss.

⁸ Cf. J. GRONDIN, *L'herméneutique*, Paris, PUF, 2006, pp. 48-64.

saber, el poema y el diálogo. Para él, toda interpretación es histórica (situada y caduca). Se da en una comunidad, esto es, en una tradición, con sus clásicos, que son los modelos. Y en diálogo con ellos y con los compañeros de interpretación, pues es una comunidad de interpretación. Aprendemos nuestra tradición, y adquirimos sus pre-juicios. Gadamer señala el círculo hermenéutico: ya vamos a interpretar lo que tenemos/queremos. Dicho círculo se supera con la fusión de horizontes (del autor y el lector). Mientras más amplíe mis horizontes, más alcanzo a universalizar.

Se ve aquí una distensión entre universalidad y particularidad. Kant decía que el que universaliza es el genio; Schiller decía que esto se hace por la formación. Gadamer critica al primero y se adhiere al segundo. Además, dice que aprendemos un *sensus communis* (Vico) y con ello adquirimos una *formación* (Schiller). Pero no estamos condenados a la tradición, podemos superarla, así como seremos superados por nuestros continuadores, pues somos eslabones de la cadena causal histórica (la historia efectual). Finalmente, encontramos el ser en el lenguaje; pero no se reduce a lenguaje (Rorty), sino que habita el lenguaje (Grondin), y nos acerca a cierta realidad y objetividad.

Un tema que me parece fundamental en Gadamer es su idea de que la *phrónesis* o prudencia aristotélica es el modelo de la interpretación, el esquema de la hermenéutica, ya que la *phrónesis* es el sentido de la proporción, es el sentido de la analogía, es una virtud eminentemente analógica y dispone para una hermenéutica analógica⁹.

Paul Ricoeur (1913-2005)¹⁰ se pone como objeto de estudio no la razón, sino la voluntad. Y no sólo la voluntad, sino lo involuntario (en su obra *Lo voluntario y lo involuntario*). Pero lo involuntario refleja nuestra falibilidad, y la falta se dice indirectamente: en mitos o símbolos (*La simbólica del mal*). Por eso estudia el símbolo, el cual tiene la estructura de la metáfora (*La metáfora viva*), y habla al inconsciente (*Freud, una interpretación de la cultura*). Después, pone como texto la obra, la narración. Ésta abarca tanto el relato histórico como el de ficción (*Tiempo y narración*). Sostiene el yo narrativo, frente a la narratología (Derrida), que mata al yo (*Sí mismo como otro*). Si la metáfora es analogía, el conocimiento del yo es, también, analógico.

⁹ Cf. M. BEUCHOT, "La *frónesis* gadameriana y una hermenéutica analógica", en J. J. Acero, J. A. Nicolás, J. A. Pérez Tapias, L. Sáez, J. F. Zúñiga (eds.), *El legado de Gadamer*, Granada, Universidad de Granada, 2004, pp. 439-449 [p. 443].

¹⁰ Cf. J. GRONDIN, *L'herméneutique*, pp. 75-92.

Richard Rorty (1931-2007)¹¹ militó en las filas de la filosofía analítica, aunque pronto comenzó a hablar de post-analítica, ya en la introducción a su célebre antología *El giro lingüístico* (1967). Se refirió a la crisis de la epistemología analítica, hasta derivar en la hermenéutica y el concepto de conversación edificante (*La filosofía y el espejo de la naturaleza*, 1980). Estudió el pragmatismo, y se dirigió hacia esa vertiente, según se ve en su obra *Consecuencias del pragmatismo* (1982), en la que se profesa neopragmatista, en la línea de William James.

Del pragmatismo de James, obtiene un nominalismo muy fuerte, que expone en *Contingencia, ironía y solidaridad* (1989), donde su pragmatismo desemboca en la importancia de la solidaridad, para que la sociedad perdure, al menos con filosofía práctica. También estudió a filósofos continentales como Heidegger y Derrida, lo cual se plasma en *Ensayos sobre Heidegger y otros* (1991). Pero, asimismo, se ha dedicado a resaltar la necesidad de la democracia en la sociedad, es decir, de productos de la filosofía práctica, más que de la teórica, que se enredó en problemas insolubles, como los de la verdad y la objetividad. Tal se ve en sus exposiciones *Objetividad, relativismo y verdad* (1991) y *Verdad y progreso* (1998). Todavía se centra más en los problemas sociopolíticos, y llega a sostener que debe prevalecer la democracia, aunque para ello tenga que perecer la filosofía, según se ve en *Achieving our Country: Leftist Thought in Twentieth Century America* (1998) y *Philosophy and Social Hope* (1999). Por ello, profesa un particularismo y un contingentismo muy fuertes. Igual que su pragmatismo, su hermenéutica excluye la metafísica. Hay que evitar la violencia teórica, que decía Nietzsche. Esto es, hay que tolerar y aun reconocer la diferencia, en esta sociedad donde todo se homogeneiza y despersonaliza. Además, según él, hay que politizar la hermenéutica, y buscar condiciones de justicia, de democracia, es decir, igualdad ante la ley y las oportunidades, pero con aceptación de las diferencias en las concepciones de la vida, sobre todo de la vida buena.

Surgimiento de una hermenéutica analógica

De acuerdo con el recorrido que hemos hecho por la historia de la hermenéutica, y aplicándole una suerte de filosofía de la historia, en ella se ha visto, casi como un movimiento dialéctico, la pugna entre las hermenéuticas univocistas y equívocistas, que son como tesis y antítesis, y piden (y de tiempo en tiempo encuentran) una síntesis o mediación en una hermenéutica analógica.

¹¹ Cf. J. GRONDIN, *L'herméneutique*, pp. 109-114.

Ahora nos encontramos en una situación parecida, y, ante las hermenéuticas univocistas de la modernidad y las hermenéuticas equivocistas de la posmodernidad, se requiere una hermenéutica analógica que reduzca la polarización entre ellas¹². Sobre todo, las hermenéuticas unívocas han proliferado en los racionalismos, los empirismos, los científicismos y positivismos. Todavía encontramos esto en algunos ámbitos de la filosofía analítica, la cual, aunque se ha abierto mucho por el giro pragmatista que ha tenido, sin embargo, en algunos autores que la cultivan se nota un excesivo afán de científicidad, de interpretación clara y distinta a toda costa. Las hermenéuticas equívocas se han dado en los relativismos, subjetivismos, escepticismos y nihilismos de varios autores posmodernos. Por supuesto que no todos, pero algunos de ellos alcanzan un relativismo exagerado, que ya no cree que sea alcanzable una interpretación medianamente clara y distinta, y se entregan a interpretaciones oscuras y confusas que llevan hasta un extremo bastante peligroso, que acaba con la misma interpretación y, por ende, con la hermenéutica.

Una hermenéutica analógica escapa a la hermenéutica unívoca del científicismo, porque no tiene esas pretensiones de claridad y distinción en la comprensión de los textos, ni incurre en ese absolutismo que es del todo ilusorio. Pero no por ello se derrumba en una hermenéutica equívoca como la de muchos autores posmodernos, ya que no cae en el desencanto que produce la completa diferencia, la plena ambigüedad; escapa al relativismo extremo y puede ofrecer al mismo tiempo apertura y seriedad. Podemos decir que una hermenéutica analógica no cae en el reduccionismo metodológico de la hermenéutica unívoca, positivista, ni en la apertura irreductible de muchos posmodernismos. Se esfuerza por mantener un equilibrio entre esos dos extremos. Y, entre esos dos opuestos, busca la coincidencia, lo intermedio dinámico, una especie de mediación dialéctica.

Una hermenéutica analógica propicia que se dé una comprensión compartida entre el autor y el lector, a través del texto. Así como Gadamer dice que el lector efectúa una fusión de horizontes con el autor para comprender su texto, así la hermenéutica analógica favorece el que se busque captar la intencionalidad del autor del texto, aunque sea consciente de que hay una carga muy fuerte de intencionalidad del lector. Con todo, habrá el suficiente respeto a la intención del autor como para decir que se trata de una hermenéutica, si no objetivista, por lo menos no subjetivista (frente a muchas en la

¹² Cf. M. BEUCHOT, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de la interpretación*, México, UNAM-Itaca, 2009⁴, pp. 31-59.

actualidad, que son completamente subjetivistas). Y tendrá la clarividencia suficiente como para darse cuenta de que es muy fuerte la intención del lector, con sus prejuicios y preconocimientos. Pero es precisamente la concientización de esos presupuestos lo que la hace arrancar terreno al subjetivismo, y llegar hasta lo más que sea alcanzable la objetividad, a la que nunca renuncia. Se coloca en una perspectiva intersubjetiva.

Además, una hermenéutica analógica no cae en la postura de la hermenéutica unívoca, como la positivista, de aceptar sólo una única interpretación como válida. Todas las demás quedarían como inválidas. Pero tampoco cae en la postura de la hermenéutica equívoca, como la posmoderna, que acepta prácticamente todas las interpretaciones como válidas y complementarias. La hermenéutica analógica permite más de una interpretación como válida, pero no todas, sino un grupo de ellas que, cual miembros de un conjunto ordenado, guarden entre sí una jerarquía y una gradación de mejor a peor, hasta que llega un momento o límite en el que ya son francamente falsas o inválidas. Esto ayuda a abrir el abanico o margen de las interpretaciones, pero sin caer en el relativismo excesivo.

Algo más en lo que la hermenéutica analógica se ha mostrado fructífera es en el tema de la verdad. No se trata sólo de una noción de verdad como coherencia, univocista. Tampoco de una noción de verdad como consenso, que puede ser equivocista, sino de una verdad que exige, en primer lugar, la coherencia, pero que de ahí pasa a la correspondencia, como explicación de ese consenso que se obtiene en el diálogo. También se supera la verdad como evidencia (como la de Husserl), que corre el riesgo de ser univocista; pero también la verdad como *aletheia* o des-encubrimiento (como la de Heidegger), que corre el riesgo de ser equivocista, por ser una iluminación o *Lichtung* que no tiene criterios muy claros; y deviene una verdad analógica, que tiene una parte pequeña de evidencia, y una parte más grande de *aletheia* o *Lichtung*, pero atadas y mediadas por la verdad como correspondencia, que era la que planteaba Aristóteles y que no sólo es compatible con la de Heidegger, sino que esta última la exige.

Sobre todo, la hermenéutica analógica aprovecha la idea de Gadamer de que la *phrónesis* es el modelo o esquema de la interpretación, de la hermenéutica, pues la *phrónesis* es un sentido de la proporción, que es analogía, es una virtud sumamente analógica, que nos prepara hacia una hermenéutica analógica, de *phrónesis* gadameriana¹³.

¹³ Cf. M. BEUCHOT, *Phrónesis, analogía y hermenéutica*, México, UNAM, 2007, pp. 82 ss.

La hermenéutica analógica ha tenido aplicaciones a diversos campos de las ciencias humanas. A la filosofía misma, a la filología, a las letras, a la historia, al derecho, a la psicología y a la pedagogía. En todas partes ha brindado un modelo de equilibrio proporcional (*analogía* en griego significa proporción). Ha evitado los extremos, que es lo que hace la *phrónesis* o prudencia, la cual es altamente analógica, por lo mismo que tiene por cometido encontrar el término medio de las acciones, y el medio que conduce bien a un fin. Por eso veo que en la hermenéutica analógica hay una cierta mediación dialéctica, con eso que Ricoeur llama “dialéctica fragmentada”, porque no es como la dialéctica hegeliana, que llega a una síntesis, a una reconciliación perfecta. Esta es una dialéctica trágica, la propia de la analogía, que no llega a una conclusión, sino que permanece abierta, porque no destruye, como la otra, los opuestos, para superarlos, sino que los deja vivir, para que aprendan la coexistencia pacífica. Permanece el conflicto, pero los opuestos conviven, viven de la tensión, y aun se ayudan el uno al otro, se favorecen, trabajan para el otro, lo cual es ya un tercer elemento, su colaboración mutua. Y con esto es suficiente, para no quedarse en la mera oposición de lo unívoco y lo equívoco, pues lo analógico es esa misma tensión que se da entre ellos, que evita los inconvenientes que cada uno de ellos tiene aisladamente, y aprovecha las ventajas que cada uno ofrece en ese punto o límite en el que se tocan.

Conclusión

Vemos, de esta manera y en conclusión, cómo ha hecho falta una hermenéutica analógica, la cual no es otra cosa que una mediación que se introduce en la hermenéutica para evitar los excesos que, como he señalado, se han dado en su historia, entre hermenéuticas unívocas y hermenéuticas equívocas. Es verdad que la hermenéutica se debate sobre todo con la equivocidad, y que la univocidad es poco o nada alcanzable; pero precisamente la analogía consiste en una equivocidad con límites, en una lucha contra la ambigüedad irreductible de los textos y sus significados. Por ello me parece que una hermenéutica analógica, que en buena lid se dedique a arrancar a la ambigüedad o equivocidad trozos de significado y conocimiento, alcanzando una objetividad que tal vez no llegue nunca a la univocidad, pero que no nos puede faltar en la interpretación, es algo que ahora necesitamos.

Esto requiere de un denodado esfuerzo, ya que la analogía, a pesar de lo que se cree, no es simplista, sino complicada, compleja. Algunos la identifican con la simple semejanza, y eso no es correcto, al menos no del todo. Toda una

tradición nos dice que la analogía fue utilizada para escrutar el misterio, para asomarse a la Trascendencia. Y, si una hermenéutica analógica puede evitar la hermenéutica unívoca de los positivismos, también puede evitar la hermenéutica equívoca de muchos posmodernos que acaban con la interpretación en la actualidad. Por eso me ha parecido que una hermenéutica así puede rendir sus frutos ahora y tener actualidad. Además, como se ha visto, tiene toda una tradición, incluso en la historia misma de la hermenéutica.

Pensemos, sobre todo, en esta propuesta hermenéutica para remediar la deplorable situación en este momento de tardomodernidad o posmodernidad en el que proliferan las hermenéuticas equivocistas. Si antes el enemigo común era el univocismo de los positivismos y científicismos, ahora el enemigo se ha vuelto el equivocismo de los relativismos y subjetivismos. Y ya es tiempo de buscarle una salida a la situación en que nos encontramos, por el bien de la hermenéutica y de la filosofía. Como decía Heidegger, parodiando a Hölderlin, estamos en tiempos de penuria, en un tiempo indigente, y solamente podremos remediar un poco esa indigencia si buscamos, como decía un alumno suyo, Karl Löwith, la manera de escapar al nihilismo que nos rodea. Y en el cual mucha injerencia ha tenido la hermenéutica misma, expuesta, como está, al embate de los equivocismos relativistas y nihilistas. Tiempo indigente, pero apasionante también, por la promesa de un futuro más fecundo en ideas filosóficas.

Mauricio BEUCHOT